

E. Muybridge

Hombre con fusil, 1887

[...] no hemos logrado convertir esta pertenencia orgánica en un suceso rutinario; de hecho, no vamos a ningún sitio sin el cuerpo, al que hemos convertido en el centro de nuestras atenciones y en el protagonista de los mensajes publicitarios, que son los más eficaces en la creación de modelos de realidad. Otra cosa rara es que, pese a las pasiones que despierta, aún no se sabe de nadie, que haya conseguido tener más de un cuerpo, lo que sería muy ventajoso, incluso para quienes no viven directamente de él. Bien pensado, quizá sea la nostalgia de no poder tener más de uno lo que mueve al mundo.

v[...] El sueño de un hipocondríaco sería tener

tres o cuatro cuerpos en casa, para distribuir de forma racional los miedos y dolores que no hay manera de ordenar en un único recipiente anatómico. Además si esto fuera posible, la gente no se casaría, o lo haría con un cuerpo propio en lugar de tener que acudir, como en la actualidad, a buscarlo fuera del hogar. Sin duda, insisto, esta ley no escrita, limitadora de las posesiones carnales, es una de las causas de la configuración del mundo.

[...] a veces nos parece un fastidio necesitar de los ojos para ver y de las manos para tocar y de la lengua para saborear. No voy a decir ahora que el cuerpo sea una cosa absolutamen-

te detestable, da muchas satisfacciones, ya lo hemos visto, pero uno intuye que la verdadera sabiduría consistiría en ver sin mirar, sentir sin tocar, paladear sin masticar. Si te has asomado con algún detenimiento a una calavera, o a una caja torácica, estarás de acuerdo en que parecen instrumentos rudimentarios, al menos si los comparamos con materiales como la fibra óptica o algunas resinas sintéticas de reciente aparición. Una de las cosas por las que más cuesta traer de vuelta a los anoréxicos a nuestro mundo es por lo grosera que les resulta la realidad una vez que se relacionan con ella desde un cuerpo bien alimentado.

El ojo, con toda su complejidad, apenas es capaz de captar un estrecha franja de la realidad, Y el tacto, el oído o el olfato no alcanzan a recoger ni un 10 por ciento de cuanto nos rodea. Es decir, que entre uno mismo y la realidad se interponen multitud de impurezas: la más grave de ellas es sin duda el cuerpo. No estoy proponiendo que nos despojemos de él (entre otras cosas no sabríamos cómo hacerlo), sino constatando que su espesor nos impide el contacto con todo lo esencial. Fíjense en las piernas: constituyen una verdadera ridiculez, una tontería. No están bien concebidas para su función y llevan dentro una formación muy arcaica, el hueso, que se rompe con mirarlo. Para mí, que detesto pasear, las piernas son de lo peor que se le ha ocurrido al organismo. Y los brazos nos parecen útiles, sí, pero porque tenemos el vicio de coger cosas, y ya no podríamos vivir dejándolas caer. Sin embargo, hay muchos cuerpos desprovistos de extremidades superiores que se desenvuelven tan bien o mejor que el nuestro. Ahora, que para lugar absurdo, la espalda: un espacio devastado, sin vegetación, un desierto en el que es imposible dar con una sombra. Yo paso meses sin acordarme de la espalda, pero cuando me viene a la memoria es porque sucede algo malo entre sus confines.

Total, que el cuerpo es una lata. Yo no creo en él

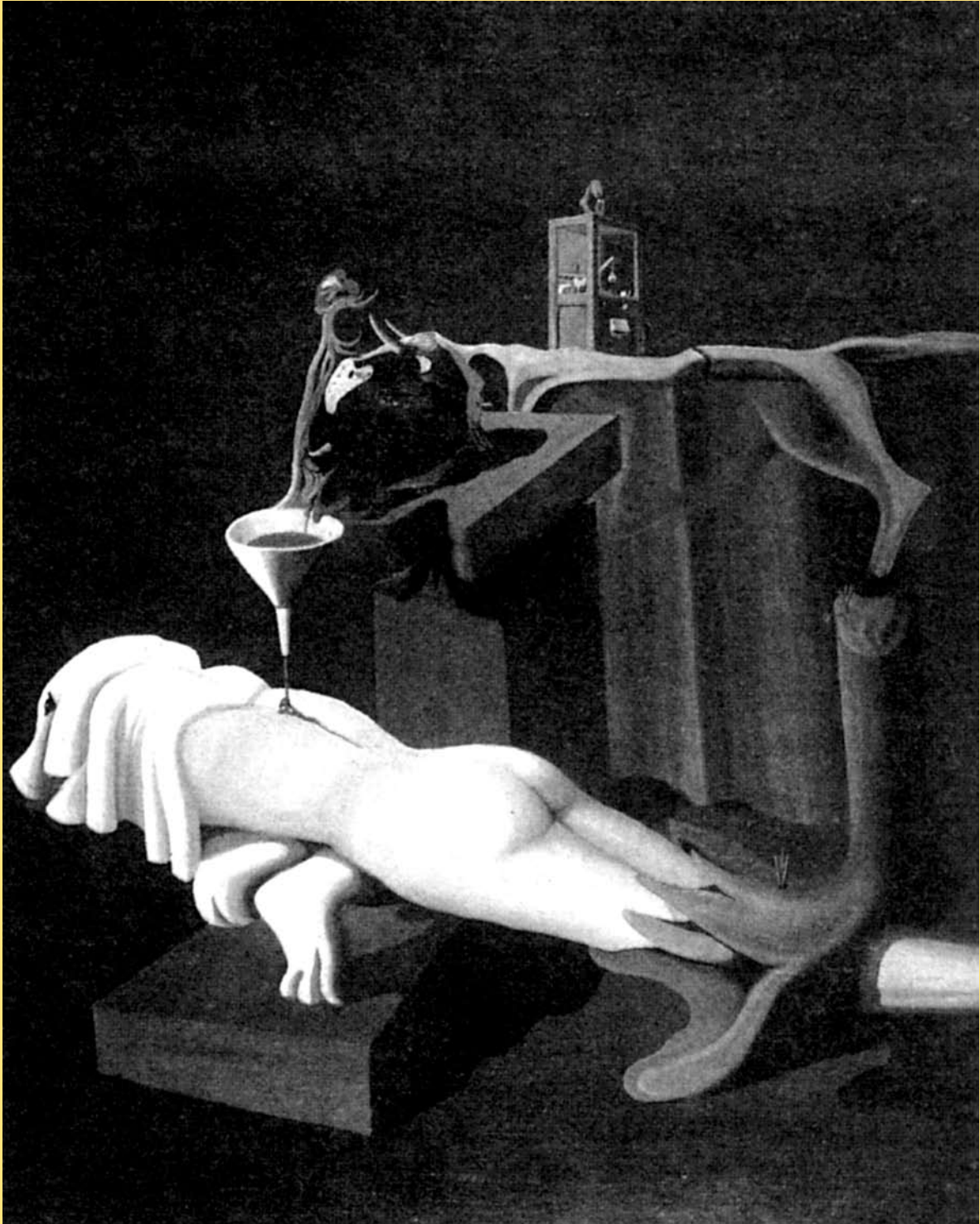
[...] Lo malo es que tampoco creo en el alma.

[...] Así que, llegado a este punto, uno no sabría decir si el cuerpo es una alucinación de la conciencia o la conciencia una alusión del cuerpo. Lo único evidente es que las dos cosas no pueden existir a la vez, porque eso sería un disparate comparable al de construir una joya de platino con incrustaciones de plomo. En nuestra tradición se tiende a considerar que lo real es el cuerpo, y que desde él, para aliviar las limitaciones que comporta su posesión, se ha inventado el alma, que, aun careciendo de existencia real, posee una notable capacidad analgésica. Se trataría, en fin, de un placebo de consumo masivo, cuya mera administración produce una riqueza económica que no se puede comparar con ninguna otra industria, a no ser, quizá, con la del software en su vertiente de realidad virtual y videojuegos.

Pero, puestos a pensar, tampoco sería un disparate concluir que lo único real es el alma, la conciencia, y el cuerpo una ilusión de ella. ¿Por qué no? Desde algún punto de vista tan legítimo, y desde luego tan indemostrable como el anterior, el cuerpo podría ser una convención parecida a la del lenguaje, o sea, una prótesis arbitraria que sirve para comunicarnos cosas, lo mismo que el calendario o las palabras.

En tal caso, el cuerpo sería una representación: algo, en fin, que está en lugar de una ausencia que no sabemos manejar, lo mismo que el pronombre va en lugar del nombre. Lo malo es que si aceptamos la idea del cuerpo como prótesis tendremos que admitir la idea del cuerpo como prótesis tendremos que admitir que ha venido a sustituir a alguna clase de amputación, y esto es lo que hoy por hoy no hemos conseguido averiguar: de qué estamos amputados para necesitar una morfología corporal.

Desde nuestra cultura, y pese a ser los inventores de la anorexia y la bulimia, de la obesidad



Oscar Domínguez
Máquina de coser electrosexual 1935

y el enflaquecimiento, de la base proteínica y el ácido nucleico, no es nada fácil aceptar que el cuerpo pueda ser una cosa imaginaria. Sin embargo, todos conocemos gordos que se perciben delgados y delgados que se perciben gordos, porque los límites del cuerpo no están sujetos a ninguna medida objetiva, ni siquiera cuando se asocian a esa otra cosa imaginaria que es la salud.

[...] Probablemente, una de las cosas por las que al niño le cuesta tanto adquirir las coordenadas espaciales es porque ha de hacerlo desde una referencia, el cuerpo, que carece de realidad, al menos si lo compara con el músculo de su mundo imaginario. En cualquier caso, lo cierto es que cuando uno se habitúa al cuerpo ya no puede vivir sin él, aunque se trate de una cosa imaginaria. De ahí que para demostrar su existencia hayamos inventado los argumentos más inverosímiles, incluso el del dolor, o la muerte, que tanto daño nos hacen. Pensamos que si duele y muere es porque se trata de un asunto real. Pero también el alma, que no existe, duele, y más que el cuerpo si me apuran, así que el dolor no es ningún instrumento de medida para calibrar el grado de existencia de las cosas. Si todo lo que duele tuviera una existencia real, no habría lugar en el universo para contener tanta vida.

De todos modos, soy el primero en reconocer que el cuerpo, aunque se trate de una construcción fantástica, está bien si puedes atenderlo como es debido; en caso contrario, da más trabajo que uno de esos animales domésticos a los que has de sacar tres veces al día para que hagan sus cosas en la calle. Pero la cuestión no es esa; la cuestión es que si el cuerpo carece de existencia real tendríamos derecho a saber al menos desde donde se proyecta ese fantasma. Desde el alma, contestarán algunos. ¿Y si el alma no existe, que es lo más verosímil?

Como ven, no hay respuesta para nada. Lo único cierto es que sentimos tal pasión por la carne que cualquiera diría que la acabamos de adquirir, cuando ya hemos dicho que se trata de una pertenencia ancestral. No hay, pues, nada más antiguo que la carne. Ni más profundo; por eso, al cortarla, aparecen en su superficie labios que no besan, bocas que no hablan. Y porque ya ni las heridas son capaces de hablar o de besar, quienes tenemos cuerpo desde pequeños continuamos encelados con ese silencio celular, así que no somos capaces de dejar de escribir sobre él, quizá para provocarle, con la ingenua esperanza que un día nos mire a los ojos y nos confiese para qué sirve, aunque se trate de algo atroz.